



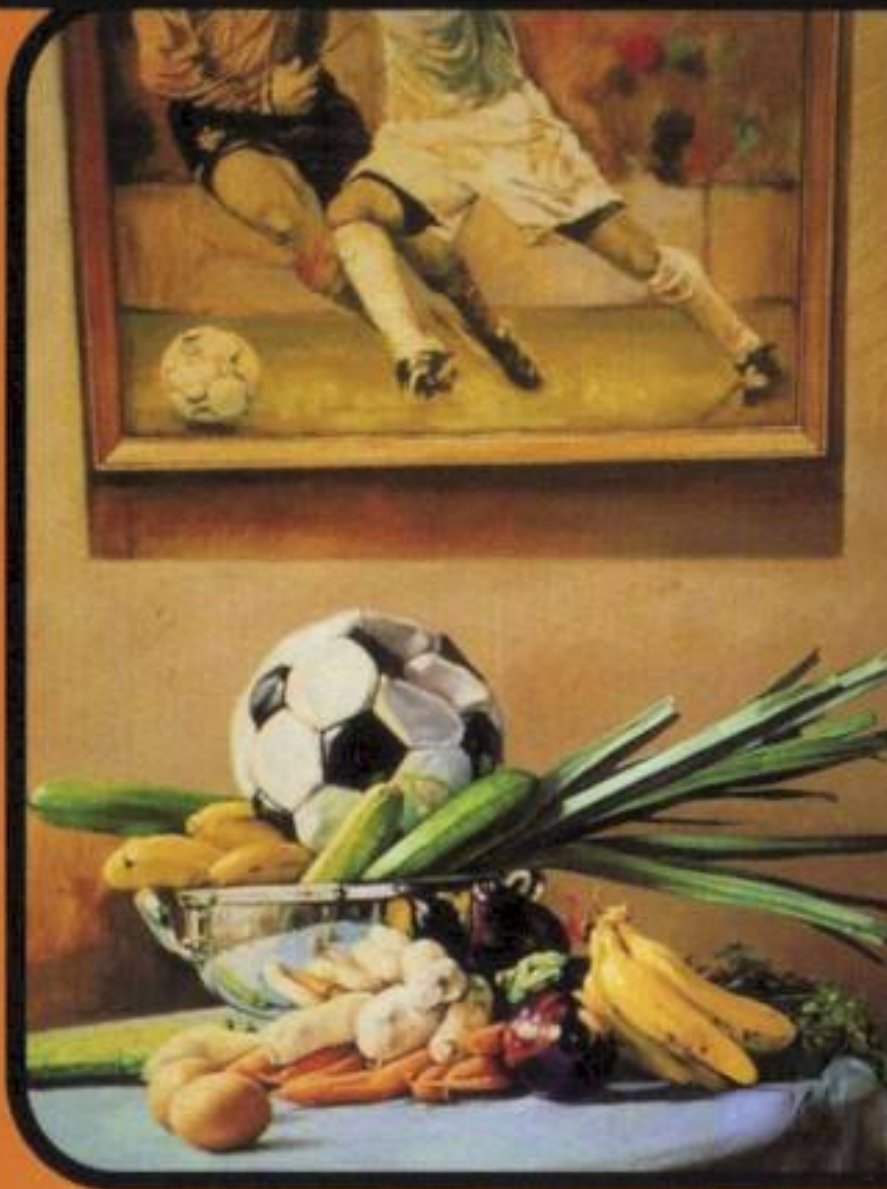
JOSE M<sup>a</sup> FORTE

# La Imbecilidad Minuciosa

Cuaderno de bitácora del periodista deportivo

PRÓLOGO DE ANDRÉS ABERASTURI

EPILOGO DE EMILIO BUTRAGUEÑO



Futbolistas como Maradona, Butragueño, Di Stéfano o Valdano; periodistas deportivos como José Ramón de la Morena, José María García o Julio César Iglesias; actores como Alfredo Landa y escritores como Miguel Hernández, Rafael Alberti, Gabriel Celaya, Camus o Nabokov se mezclan en este incalificable y divertidísimo libro en el que Chema Forte pone al descubierto las interioridades del mundo del deporte y las pequeñas miserias de la información deportiva.

El lector podrá descubrir asuntos tan instructivos como la definición de "gañote", el odio que los entrenadores sienten por la prensa deportiva y el modo en que los periodistas deportivos buscan desesperadamente como ganar un sobresueldo. Además, Chema Forte explica la mejor manera en que un futbolista brasileño puede robarle el pasaporte a un cadáver para poder jugar como europeo; todo un ejemplo para las nuevas generaciones.

Formar entreteniendo es la máxima de Chema Forte, que explica cómo se jugaba al fútbol, a vida o muerte, entre las pirámides de Teotihuacán y que describe los más divertidos errores de esos cronistas futbolísticos que padecen una severa incontinencia verbal. El conocimiento que Forte tiene de los más extraños apodosos de futbolistas argentinos nos hace pensar que lleva una doble vida.

## PRÓLOGO

Sostengo la peregrina teoría de que se escribe como se habla: Borges lo hacía todo en solemne de la misma forma que Cela lo hace en contundente o Umbral en vozarrón singular. Pues bien, siguiendo por esta línea, Chema Forte escribe bajito porque, pese a ser "de deportes", Chema no se acelera ni da más voces que las que estrictamente exija el guión profesional de una retransmisión deportiva.

Pero al margen de esta absurda consideración, lo cierto es que a Chema le ha salido un libro hermoso y raro —y eso es seguramente lo mejor, su rareza— difícilmente calificable y clasificable porque puestos a buscar parecidos, se podría decir que tiene algo de Kempis deportivo, algo de Libro Rojo de Mao y mucho —y estoy seguro que esto le va a gustar por su pasión americana— mucho, digo, de Eduardo Galeano.

Esta "imbecilidad minuciosa" es todo, cualquier cosa, menos una imbecilidad y me atrevería a decir que incluso no es en absoluto minuciosa: aquí se mezclan, en una suerte de peculiar maremagno, idas y venidas por la literatura que le gusta a Forte, citas y más citas, muchos recuerdos y muchas reflexiones que en ocasiones utilizan el fútbol y el oficio de periodista deportivo como mero pretexto para ahondar en algo que debe estar más allá que la anécdota: esa cosa que llamamos vida y que el autor la relata desde todas sus esquinas, la ironía, el humor, la ternura.

Hasta hace relativamente poco, en esta España nuestra si eras de izquierdas no te podía gustar el fútbol y si ibas de intelectual, tenías que entrar de tapadillo en los partidos,

disfrazado para no ser reconocido. Eso desde fuera, pero desde dentro al que se dedicaba a "deportes" se les suponía una incultura manifiesta y lo que es peor, una escasa curiosidad por todo aquello que no fuera de su mundo.

Naturalmente todos estos tópicos se han ido yendo al garete y como Chema ya se encarga de poner algunos ejemplos, yo me voy a permitir el lujo de poner el único que él no puede: él mismo. Oír a Forte relatando acontecimientos deportivos es gratificante; pero resulta enormemente atractivo cuando lo que te cuenta son sus idas y venidas por las planicies sudamericanas, sus conversaciones fruto de la amistad con escritores, políticos, intelectuales...la pasión que le desborda en ese relato lo convierte en sutil, metafórico, lleno de magia e imágenes.

En el cuaderno de bitácora de este periodista deportivo, compañero y amigo, las cosas están claras: aquí nada hay sólo de Dios o sólo del César, aquí hay un diario de a bordo donde en el Norte o en el Sur confluyen calmas y tempestades, hechos deportivos con vertiente humana y comportamientos humanos comparables con gestas deportivas.

Toda esa mezcla es esta "imbecilidad minuciosa". Toda esa mezcla y mucho más.

*Andrés Aberasturi*

Un libro es el juego más peligroso que  
pueda imaginarse. Blas de Otero

No hay enemigo pequeño.  
Javier Clemente

Football isn't a matter of life and death  
— it's much more serious than that.  
Bill Shankly, mánager del Liverpool.

# 1

Sí, lo confieso, soy periodista deportivo.

Quiero empezar aclarándole que soy periodista deportivo desde hace tanto tiempo que apenas me recuerdo haciendo otras cosas: respirar, aspirar, escribir. Scott Fitzgerald escribió que "no se escribe porque se quiere decir algo; se escribe porque se tiene algo que decir" (o, en otra voltereta estilística, porque se tiene el ordenador estropeado). No tengo la certeza de vivir plenamente esta circunstancia, pero después de acudir a cientos de partidos de fútbol y de leer innumerables tratados sobre la filosofía de los goles, ensayos sobre la importancia de la transpiración en las relaciones humanas y algunas enciclopedias del deporte profesional como simulacro de las verdaderas guerras, siento la necesidad de enfundarme el disfraz de Andrés Niporesas y entablar una cierta relación íntima con usted, lector, sobre quien recaerá la responsabilidad de superar los probables traumas que este libro le puede ocasionar.

Uno de mis traumas de juventud lo provocó la lectura de "La rebelión de las masas", de Ortega, en donde encontré el siguiente párrafo : "sorprenderse, extrañarse, es comenzar a entender. Es el deporte y el lujo específico del intelectual. Por eso su gesto gremial consiste en mirar el mundo con los ojos dilatados por la extrañeza. Todo el mundo es extraño y es maravilloso para unas pupilas bien abiertas. Esto, maravillarse, es la delicia vedada al futbolista, y que, en cambio, lleva al intelectual por el mundo en perpetua embriaguez de visionario". Tal vez, este libro que se dispone a leer sea un modesto puente entre las dos ori-

llas y, quizá por ello, me atrevo a entrar en su vida con la esperanza de recaudar unas cuantas simpatías por esta profesión en decadencia, aunque es cierto que últimamente el fútbol y la literatura van encontrando un camino en común. Cada día son más los libros que hablan con lirismo de la épica de este deporte y son numerosos los intelectuales que, como escribe Javier Marías (hijo del mejor discípulo de Ortega), vuelven a su infancia una vez por semana desde las gradas de un estadio (existen ejemplos anteriores como Miguel Hernández, Rafael Alberti, Gabriel Celaya, Camus y Nabokov, pero son excepciones).

En los siguientes capítulos encontrará lo que consigo recordar de los años que he vivido junto a los deportistas, a veces sudorosos y en ocasiones millonarios. Mis peripecias al lado de periodistas que admiro por su ética, estética y sintaxis. Lo reitero, sé que puedo ocasionarle algún tipo de trastorno mental, pero es su responsabilidad continuar con esta lectura: no se sorprenda si en algún momento le cuento que Don Quijote juega de delantero centro y que a Sancho le han nombrado Presidente del equipo (aunque aún no le ha puesto su nombre al Estadio).

Soy periodista deportivo y confieso que pertenezco a esta estirpe de literatos y académicos, viajeros impenitentes, que vivimos como juglares o bufones, ciegos cuenta-cuentos que van de pueblo en pueblo con sus cantinelas.

Digamos, en fin, que me siento fiel baluarte de los Principios Básicos de la Patria. ¿O es que existe, acaso, algo que una más a un pueblo que un buen gol atronando en cada rincón del país con la fuerza del grito unánime?

Sí, yo pertenezco a una cierta clase de periodistas deportivos que son los llamados "relatores", herederos universales de aquel gol de Telmo Zarra y Matías Prats. Me reconozco en esos prestidigitadores de la palabra gritada, capaces de hilar miles de frases en noventa minutos de fútbol radiofónico. Somos los Ases verdaderos, maestros de ceremonias dominicales que cantamos nuestros corridos con la

angustia del desamor y que, en numerosas ocasiones, culminamos con ese grito de gol que nos sale de las entrañas, con la fuerza y características de un pedo de vaca. Como los que se comen un buen pedazo de la capa de ozono.

Sí, lo confieso, soy periodista deportivo. Y, sin embargo, me quiero.



## 2

Puedo decirlo, tomé la firme decisión de hacerme periodista cuando el 31 de diciembre de 1978, siendo un adolescente, vi publicado un dibujo de Charlot que había enviado a El Periódico de Cataluña. Iba acompañado de un pequeño texto que recordaba el primer aniversario de la muerte de Charles Chaplin.

La vanidad. Seguramente fue la vanidad de ver mi nombre impreso lo que me impulsó hacia esta profesión. Unos meses después estaba en el locutorio central de Radio Intercontinental, de Madrid, hablando de los entrenamientos del Rayo Vallecano y de la final de la Copa del Rey y que ese año ganó el Real Madrid al Castilla por 6-1, compartiendo micrófono con Rafael Pascual, Héctor del Mar, Gaspar Rosety y otros muchos compañeros de los que aprendí a amar la radio. Durante estos años he compartido mi vida con periodistas a los que se puede prestar el corazón. En el camino hemos perdido amigos ciertos, de los que sólo mencionaré a Javier Valdivieso, Héctor Quiroga y Pedro González, para no hacer de este capítulo una necrológica de mis amigos muertos (de los deportistas cito a Fernando Martín, una de las mejores personas con las que me he encontrado).

Me quedan los momentos hermosos de la Universidad, ese edificio carcelario y gris, que tan bien ha reflejado en el cine Alejandro Amenábar. Sin embargo, los años que pasé por allí los recuerdo con cariño, mis compañeros, hoy colegas de profesión y casi todos jefes de algo, Rafael, Andrés,

Francoise, Peti, Benito y tantos otros a lo que nunca voy a olvidar.

Y los profesores, sobre todo los del Departamento de Historia, Seco Serrano, Javier Maestro y María Dolores Sáiz, los de Redacción periodística y Alejandro Muñoz Alonso, un profesor con talento. No debimos ser malos alumnos, si tenemos en cuenta que aprendimos a maquetar un periódico con tipómetro y hoy trabajamos con ordenadores, líneas RDSI y otros avances tecnológicos que nos hacen viejos.

Ya son más de veinte años haciendo camino junto a los compañeros de Radio Nacional de España. A ellos los considero imprescindibles, son muchos y no quisiera dejar alguno sin nombrar, quizá por ello solamente citaré a Emilio Alonso y José María Vázquez, ya jubilados.

Pero mis amigos son muchos y, además de los españoles, me gustaría dejar impresa mi admiración por los siguientes colegas: de Argentina: Jorge Neder, Víctor Brizuela, Mario, Rony, Miguel Ciaría y toda mi gente de la Docta. De Chile: Roberto Vallejos, de México: Manuel Arreóla, de Brasil: Lasier Martins y de Australia: Eduardo González.

La nómina, aún incompleta, de los que aprendo a diario extensa: Xavi Andreu, Lorenzo Martínez, Iñaki Cano, Esteban Gómez, Luis Arnaiz (mi tío mayor en este oficio), Alfonso Azuara (él me sigue llamando panocha), Alberto Polo (qué bien escribes, Polito), Luis Gómez, Joseba Vázquez, Jorge Muñoa, Siró López, JJ. Santos, Brotons (aunque prefiero no montar en su coche), Fernando Laura, Manolo Lama, Andrés Montes, Julián Reyes, Sixto Miguel Serrano, Manolo Saucedo, Manolo Esteban, Robert Alvarez, Antonio Rigalt, Julio Cobos, Chema Del Olmo, Luis Jiménez y otros muchos a los que pido perdón por no incluirlos en esta relación tan breve. Repito, no figuran mis compañeros de Radio Nacional porque ellos forman parte de mi vida diaria, son mi segunda familia (por eso con ellos discuto y me enfado y les quiero y nos arreglamos...).

En este tiempo no he trabajado únicamente en deportes ne podido disfrutar de momentos maravillosos junto a periodistas que hoy están en primera línea de fuego. De mi primera experiencia en la radio recuerdo a Miguel Vila, Ana Rosa Quintana y Fernando Forner, a Dómpner y otra gente que estaban pensando en la radio hasta cuando dormían. Aprendí de golpe en los estudios de Modesto Lafuente cuando me tocó informar del atentado al Papa Pablo II y no menos interesante fue la experiencia de otro golpe, el del 23 de Febrero de 1981, sobre todo si tenemos en cuenta el apellido del propietario de esa emisora.

En Mayo de aquel año, Rafael Pascual me sacó de allí y caí en La Voz de Madrid, donde nadie sabe por qué extraña razón empecé a relatar partidos. El hecho ocurrió poco después del Campeonato del Mundo de 1982. De esa época no puedo olvidar a Salvador Asensio y Manolo Fraile, las sopas compartidas del Pirulí, recién estrenado. En esa torre comprendí el vértigo de una profesión que es una enfermedad. No encontré remedio, bálsamo, solución. Soy periodista por puro contagio, infectado por el virus, inútil para vivir de otra manera.

En Radio Cadena conocí a María Teresa Campos, recién llegada de Málaga, luchadora y cariñosa pese a su cargo de Jefa de Informativos. Pero los recuerdos de Radio Cadena son todos buenos, quizá porque todos éramos más jóvenes: Paco Pérez Brian y su buho, Luis del Olmo, Antonio San José, Clara Francia, Juan Ramón Lucas, Gabriel Campos, Quintín Rodríguez, Agustín Castellote, Juan Van Halen , Elvira Lindo embarazada de Manolito Gafotas... hemos dado tantas vueltas que ya nada me sorprende. Bueno, no es cierto. Ahora que lo pienso, aún me he sorprendido viendo a verdaderos "animales de la radio", como mi admirado Carlos Herrera, capaz de entrevistar a un ministro a las 7 de la mañana, fumando un puro, leyendo la prensa, escuchando por la línea de órdenes, oyendo en el otro oído una radio para saber el nivel de lo que sale en antena y prepa-

rando la entrada para la siguiente noticia. Y Andrés Aberasuri, este periodista que se deja querer, entrañable, como un hermano mayor que siempre está para ayudar. Y Luis de Benito, al que jamás he visto dudar delante de un micrófono. Y otros compañeros de los que me siento orgulloso aunque ya no estén en Radio Nacional: Pepe Hierro, Gastón Baquero y Jesús Quintero, poetas. Y otros poetas que siguen: Javier Lostalé, Ana Rosetti, Leopoldo Alas e Ignacio Helguero.

No me ha ido tan mal, ya que lo pienso. He compartido trabajo con más de la mitad de los presentadores de los telediarios: Ernesto Sáenz de Buruaga, Matías Prats, Juan Ramón Lucas, Alfredo Urdaci (una mañana me miró sorprendido porque he leído a José Antonio Marina) Pedro Piqueras. Con todos ellos he aprendido y he discutido en alguna oportunidad, lo que no deja de ser un privilegio.

Y aún me quedan Juan Roldan, Juan Antonio Tirado, Carmen Privado y Nieves Herrero, a la que, sencillamente, quiero.

En fin, si estuviera en mi mano, al nuevo periodista Deportivo le obligaría a escuchar radio todo el día y a leer las columnas de Julio César Iglesias, Santiago Seguróla, Patxo Unzueta, Carlos Toro, Ignacio Torrijos, Miguel Ors, Josep María Ducamp y otros a los que los futuros profesionales deberían buscar en la hemeroteca. Ellos serán su propia fuente.

Además de los periodistas, a lo largo de estos años de profesión he ido descubriendo personas a las que es muy fácil querer, técnicos de sonido, fotógrafos (a ellos los admiro por su capacidad para estar siempre en el lugar preciso, en el momento adecuado. Por su amistad, su paciencia, su forma de mirar el mundo. También por su generosidad. Algunos deportistas saben bien que un fotógrafo ayuda a mantener vivo su recuerdo. Y, como ejemplo, sirve Di Stéfano, que no estaría eternamente celebrando un gol en nuestra mente si no fuera por la fotografía de Agustín Ve-

ga), cámaras de televisión, realizadores, productores y otros profesionales a los que aprecio. En muchos momentos difíciles he encontrado una mano tendida y es, por tanto, necesario agradecerles su ayuda.

También quiero hacer una referencia especial a los deportistas que en estos años han entrado a formar parte de mi vida privada: Juan Orenge, Fernando Romay, Pep Cargol, Rafa Rullán, Eduardo Chozas, Anselmo Fuerte, Cecilio Alonso, Colomán Trabado, Chechu Biriukov, Jesús Landáburu, Alberto Herreros, Lolo Sainz.... y de Argentina: Diego Klimowicz, Martín Garrido, Claudio López, Albano Bizarri (me ha prestado el libro "Yo soy el Diego", en su casa de Valladolid, después de un partido en el que ambos hemos trabajado poco, él en la portería y yo en la cabina de la radio. Este libro nos entrega a Diego-persona, con todos sus defectos y con todas sus virtudes, que son más y le redimen), Darío Gigena, Marcelo Milanés (nunca voy a olvidar su mirada triste en el hall del Hotel Chandris, de Atenas, después de su último partido con la selección en el Mundial de Grecia en 1998).

Esta profesión tiene momentos difíciles, pero nos van quedando en la alcancía aquellos que nos han hecho crecer. Más allá de los viajes y los paisajes, nos enriquecen aquellas personas que nos regalan un poco de su tiempo y su talento. En mi hucha atesoro, entre otras muchas pequeñas cosas, un consejo de Saramago, una sonrisa de Baremboin, un paseo londinense con Cabrera Infante, dos dibujos firmados, uno de Quino y otro de Aute, un libro dedicado de Benedetti, la camiseta de la selección de Romay, dos besos de Martirio...y ya está bien.

Pensé en escribir un libro sobre mis vivencias periodísticas, pero en ese caso estaría plagiando a José Ramón de la Morena, que ya tiene escrito y publicado "Aquí unos amigos", en donde intercala sus "crónicas de un pueblo" con su currículum profesional. Y lo hace tan acertadamente que sería propio de estúpido re-escribir una historia parecida.

Además, De la Morena es una estrella de la radio, un comunicador que nació para triunfar en nuestro medio y que, afortunadamente, el destino ha querido que hable de deportes (aunque estoy seguro de que a él no es lo que más le gusta).

### 3

Vivo en un país donde, a pesar de todo, se sigue pensando que vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer y, tal vez, esta percepción de la vida tiene más influencias negativas de las que son deseables en nuestro carácter. El refranero español es contradictorio en sus consejos y, sin embargo, no he encontrado un solo dicho popular que reniegue de Sancho.

Vivo en un país que tejió unos años de su historia en un tiempo de silencio, tenebroso y sin ratas en los laboratorios. De esa noche salió este sol y con él vamos creciendo. Me insisten que con la fuerza de nuestros errores y nuestros aciertos vamos consiguiendo nuestras metas: somos mejores. Ya nos advertía Borges que "el alba es nuestro miedo a hacer cosas distintas", así que lo mejor para seguir escalando peldaños en el ranking mundial es mantener lo que ya existe, no innovemos. Seamos fuente de nuestros propios contrasentidos y esperemos que se cumplan inexorablemente los plazos.

En este contexto he escrito este libro para entender a los periodistas deportivos, de los que ya tienes una presentación somera, pero debo aclararle, amigo lector, que estamos tratando del estudio de una "etnia" que se sabe especial. Por tanto, si aplicamos una regla universal, podremos llegar a saber que el auténtico periodista deportivo actúa como si no fuera de ningún lugar. No come de una sola mano y es capaz de asimilarse al paisaje de cualquier ciudad. Tomemos estas características muy semejantes a lo que ocurre con los taxistas y dictaminemos que los rasgos